

todo lo demás, y solo se veía la gran puerta de piedra que daba á la campiña: á cada instante toda la hermosa ciudad desaparecía.

* * *

Entonces los que iban con Gareth se espantaron, y uno de ellos gritó: — No vayamos más adelante, señor. Esa ciudad construída por reyes duendes, es una ciudad de encantadores. — El segundo le apoyó, diciendo: — Señor, allá en el Norte, en nuestra tierra, hemos oído decir á los sabios que este rey no es el rey, sino un niño trocado por el verdadero hijo de Uther; un niño venido de la tierra de los trasgos, y que por medio de hechicerías y con la magia de Merlin, ha logrado arrojar de aquí á los paganos. — Entonces el primero volvió á gritar. — Señor — dijo; — no hay tal ciudad en parte alguna; todo no es más que una visión.

* * *

Gareth les contestó riéndose y jurando que tenía bastante magia en su propia sangre, en su principado, juventud y esperanzas para sumergir al viejo Merlin en el mar de Arabia, y les obligó mal su grado á continuar caminando hacia la puerta. Y no había puerta como aquella bajo la bóveda del cielo. Las veteadas piedras que formaban el arco estaban labradas primorosamente, for-



mando ondas semejantes á las del mar, y de pié sobre la clave, y con los piés desnudos, estaba la hermosa dama del Lago, en cuyo pecho flotaba el sagrado, simbólico pez; pegados á su cuerpo descendían los mojados vestidos, y sus grandes y hermosos brazos, extendidos en cruz, sustentaban la cornisa. Gotas de agua caían de las manos, de una de las cuales estaba suspendida una espada, y de la otra un turiferario, ambos deteriorados por las lluvias y los vientos; y á ambos lados de la ninfa estaban maravillosamente repre-

sentadas las guerras de Arturo, y cosas nuevas mezcladas con las de los tiempos más remotos, como si el Tiempo nada fuese, de tal modo que la contemplación de aquellas figuras producía el vértigo; y encima de todo, formando el remate de la suntuosa fábrica, estaban aquellas tres reinas amigas de Arturo, que debían asistirle cuando lo necesitase.

*
* *

Los que estaban con Gareth permanecieron durante tanto tiempo con la vista clavada en las figuras, que al fin les pareció que los dragones y los demás mágicos emblemas empezaban á moverse, á alargarse, contraerse y enroscarse, así es que gritaron á Gareth: — Señor; la puerta está viva.

*
* *

Y así mismo Gareth estuvo tanto tiempo contemplando las figuras, que también á él le pareció que se movían. En aquel momento, oyéronse los acordes de una música extraña que parecía salir de la ciudad, y Gareth y sus servidores, sorprendidos, dieron un salto hacia atrás, alejándose de la puerta. Salía á la sazón por ella un anciano de luenga barba blanca, que se acercó á ellos diciendo: — ¿ Quiénes sois, hijos míos?

*
* *



Entonces Gareth respondió de esta suerte: — Somos labradores que dejando el arado en el surco venimos á ver la magnificencia de nuestro rey y el esplendor de su corte; pero mis compañeros han visto á vuestra ciudad moverse tan fantásticamente en la neblina, que no saben qué pensar, y dudan si el rey es rey, ó ha venido de la tierra de los tragos; y se preguntan si esta ciudad ha sido construída por arte mágica, y por reyes y reinas duendes, ó si efectivamente hay una ciudad, ó si es que todo no es más que una visión; y ahora esta música les ha espantado. Suplicote les digas la verdad.

*
* *

Pero el viejo profeta se mofó de Gareth, diciendo: — Hijo mio; yo he visto hermosos bajeles navegando en el cielo con la quilla hacia arriba y los palos hacia abajo, y he visto grandes y sólidas torres flotando invertidas en el

espacio. Esta es la pura verdad; pero aunque no te agrade, he de decirte la verdad tal como tú me la has dicho á mí. Porque verdaderamente, como tú dices, reyes y reinas duendes han construído esta ciudad; cada uno con un arpa en la mano vinieron de la sacra hendidura de un monte situado hacia el Este, y la construyeron á la música de sus arpas. Y como tú dices, esta ciudad está encantada, hijo mío; nada hay en ella que sea lo que parece, salvo únicamente el rey, aunque algunos sostienen que el rey es una sombra y que en cambio la ciudad es real. Con todo tén cuidado del rey, porque si pasas esta puerta te convertirás en esclavo de sus encantos, pues te ligará con votos tales, que es una vergüenza que haya un solo hombre que no esté ligado por ellos, y que sin embargo ningún hombre puede debidamente cumplir; pero si no te atreves á jurarlos no pases por debajo de ese arco, y quédate fuera con el ganado del campo. Porque si habeis oído música, es bastante probable que aun estén edificando, si se tiene en cuenta que la ciudad está construída con música, y por tanto jamás construída; y construída para siempre.

*
* *

—Viejo maestro— dijo enojado Gareth; —reverencia tu propia barba, tan blanca como la más pura verdad, y tan larga que con ella casi barres el suelo. ¿Porque te mofas del extraño que contigo ha sido cortés?

*
* *

Mas replicó el vidente: — ¿No conoces, pues, el enigmático lenguaje de los bardos? ¿Confusión é ilusión y relación; delusión y ocasión y evasión? Me burlo de tí del mismo modo que tú te burlas de mí y de cuantos te vén, puesto que no eres lo que pareces. Pero yo sé quién eres. Y ahora vás á mofarte del rey, que no puede sufrir ni la sombra de una mentira.

*
* *

De este modo, sin burlarse terminó el burlón su discurso, y volviéndose hacia la derecha, se alejó lentamente por la llanura (1). Gareth le siguió con la vista, diciendo á sus servidores: — Nuestra única é inofensiva mentira se nos aparece aquí como un pequeño fantasma, sentada en el umbral de nuestra empresa. Pero solo debe culparse al amor; no á mi madre ni á mí. — Bien, bien: ya nos emendaremos.

*
* *

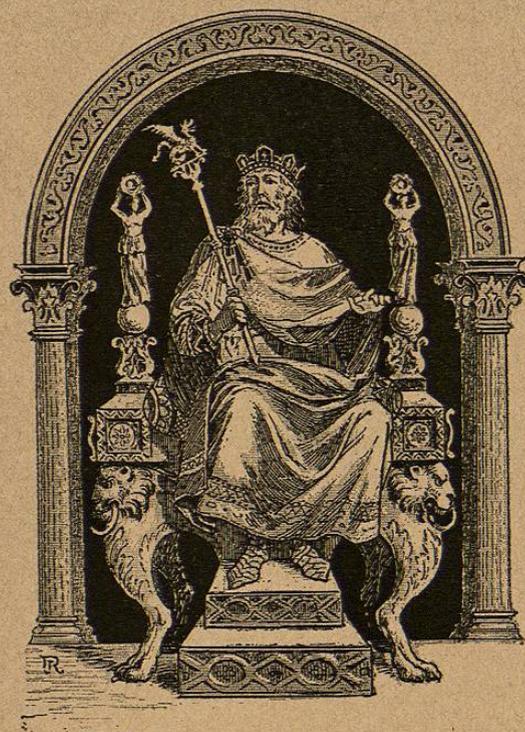
Rióse alegremente Gareth al decir estas palabras, y luego entró con sus criados en Camelot, ciudad de som-

(1) Aunque el poeta no lo dice, el anciano de quien aquí se habla es evidentemente el mago Merlín.

bríos é imponentes palacios, rica en emblemáticos relieves y en otros que representaban los grandes hechos de sus antiguos reyes, quienes al escribir su historia en la piedra creyeron tener asegurada la inmortalidad. El mago de la corte de Arturo, el famoso Merlín, que en todas las artes era consumadísimo, había por orden de Arturo ornado la ciudad levantando en ella suntuosos edificios, coronándolos de caprichosos pináculos, y de soberbias torres cuyas esbeltas agujas subían en espiral hasta el cielo. Por las calles de la hermosa ciudad discurrían continuamente caballeros armados de punta en blanco, que iban al palacio de Arturo ó salían de él, sus armas crujían y aquel sonido era grato á los oídos de Gareth. De las ventanas de sus alcobas y de sus camarines miraban á hurtadillas hermosas y puras mujeres, brillantes estrellas del amor, faros altísimos de la virtud y la valentía; y por todas partes se veía un pueblo honrado y feliz, un pueblo dichoso de verse regido por un virtuoso y benigno rey.

*
* *

Entró Gareth en la mansión de Arturo, y la voz del rey, que oyó enseguida, le sirvió de guía y le condujo á la entrada de un vasto y hermoso salón de artesonado techo; y por encima de las cabezas de los cortesanos vió á lo lejos al rey sentado en su espléndido trono. Cerró los ojos Gareth deslumbrado, y su corazón palpitó ruidosamente. El joven pensó: « Por la mentira que voy á decir-



le, el rey, que idolatra la verdad, me condenará cuando me descubra á él y le diga quien soy.» Con todo, siguió adelante y entró en el salón, aunque temeroso de encontrarse con Sir Gawain ó Sir Modred; pero afortunadamente no vió al uno ni al otro. Lo que sí vió, lo que vió en los atentos ojos de todos aquellos fuertes y animosos caballeros que rodeaban el trono, fué el honor sin mancha brillando como el lucero de la mañana, y la fé en su

gran rey, y el amor puro, y la luz de la victoria, y el esplendente fulgor de la gloria ganada y por ganar.

*
* *

En aquel instante entró en el salón una viuda, gritando al rey: — ¡Una merced, señor! Tu padre Uther despojó á mi difunto esposo de una tierra suya, porque si bien es cierto que en un principio ofreciéndonos oro en cambio de ella, como nosotros, que la teníamos grandísimo cariño, no quisimos vendérsela, nos la arrebató por la fuerza, y nos dejó sin tierra y sin dinero.

*
* *

— ¿Qué es lo que quieres? — dijo Arturo. — ¿El dinero ó la tierra? — Y la mujer contestó llorando: — ¡Oh señor y rey mío! No puedo olvidar el cariño que mi pobre marido tenía á su heredad.

*
* *

Y replicó Arturo: — Entra, pues, de nuevo en posesión de la hermosa heredad que tanto amas, porque á ella vá unido el recuerdo de tu finado esposo. Y deseo además que te sea pagado el triple de la renta que se te debe por el tiempo que mi padre Uther disfrutó indebidamente de lo que no era suyo. En esto no hay merced sino justicia,

y así se hará si lo que dices resulta cierto. ¡Mal haya el que de las injusticias de sus antepasados se forja un derecho!

*
* *

Y cuando ella se retiraba satisfecha, entró en el salón otra viuda, clamando: — ¡Una merced, señor! Tu enemiga soy, oh rey, pues tú mataste á mi querido esposo y señor, que era uno de los principales caballeros del rey Uther. Tú le mataste en la guerra de los Barones, cuando Lot y otros se levantaron y pelearon contra tí, diciendo que eras de vil nacimiento. Con ellos estaba yo, y bien á mi pesar me veo obligada á suplicarte. — ¡Pero mira! el hermano de mi esposo ha tenido á mi hijo encerrado en su castillo, y lo ha hecho morir de hambre, apoderándose después de la herencia que tú, que mataste al padre, dejaste al hijo. Así es que, aunque el odio que te tengo apenas me deja



hablar , te ruego me des un caballero que combata por mí, maté al ladrón infame , y vengue á mi hijo.

*
* *

En aquel momento , adelantóse á largos pasos un buen caballero , gritando : — ¡Una merced , señor rey! Yo soy pariente de esta dama. Permíteme , pues , que su en-tuerto enderece y mate al ladrón.

*
* *

Avanzó entonces Kay el senescal , y gritó : — ¡Una merced , señor! Que no concedas ninguna á esa maldiciente que se ha mofado de tí en tu propio estrado ; ninguna , como no sea la saludable merced de grillos y mordaza.

*
* *

Pero Arturo respondió sosegadamente : — Si nos sentamos en el trono de los reyes nuestros mayores , es para amparar á los agraviados de todo nuestro reino. Esta mujer amaba á su esposo. ¡La paz sea contigo, oh mujer, con tus amores y tus odios! Los reyes de los tiempos antiguos te hubiesen condenado á las llamas ; Aurelio Einrys te hubiera muerto á azotes , y Uther te hubiese cortado la lengua ; ¡pero vete de aquí! — no sea que aquel

mal genio de los antiguos reyes renazca en mí. Y tú que eres su pariente , vete también ; vence á su enemigo , pero no le mates , y tráele aquí para que sea juzgado : entonces , si es culpable , por aquel Rey inmortal que vivió y murió por los hombres , te juro que el malvado ha de morir.

*
* *

Entró en aquel momento en el estrado el mensajero del aborrecido Mark , rey de Corn. Deslumbró á todos lo que llevaba en la mano , que era un paño del oro más pálido , y brillaba á gran distancia como brilla un campo de alhaceñas cuando de súbito se muestra el sol entre dos aguaceros. El enviado colocó el precioso paño en el suelo delante del trono , y se arrodilló , diciendo que su señor , el rey feudatario , estaba en camino para Camelot , porque habiendo oído que Arturo espontáneamente había armado caballero á su gallardo primo Tristan (1) , esperaba que su señor feudad le concedería también tan gran honor , tanto más cuanto que él , siendo rey , era de más elevada gerarquía que su primo ; así pues , le rogaba que aceptase aquel paño de oro , en muestra de fidelidad y homenaje.

*
* *

(1) El mismo á quien algún tiempo después mató su primo Mark alevosamente , según se refiere en el precioso idilio de Tennyson titulado *El último torneo*.

Entonces Arturo mandó rasgar el paño, hacerlo trizas y arrojarlo al hogar, donde se consumía un gran tronco de roble. — ¡Bello caballero, á fé mía! — dijo el rey. — ¡Qué! ¿el escudo de Mark ha de figurar entre estos? — Porque es á saber que en las paredes del vasto salón había tres grandes hileras de escudos de piedra, los unos brillantemente blasonados, los otros solamente esculpidos, y algunos en blanco. Y debajo de cada escudo estaba el nombre del caballero á quien pertenecía, y es que la costumbre en el estrado de Arturo era que cuando un buen caballero había llevado á cabo una acción heróica, sus armas se esculpían solamente; y si las hazañas eran dos, las armas se blasonaban; pero si de ninguna gran acción podía alabarse, el escudo permanecía blanco y liso, sin signo alguno, salvo el nombre debajo. Por eso vió Gareth el escudo de Gawain rica y brillantemente blasonado, y el de Modred como la muerte blanco.

*
* *

Arturo, pues, mandó rasgar el paño y arrojarlo al fuego. — Mas probable es — dijo, — que le despojemos de su corona, que no que le armemos caballero porque las gentes le llaman rey. Bien sabes que á los reyes que á nuestra exaltación al trono devastaban el país con sus continuas y sangrientas discordias, les obligamos á que cesaran de hacerse la guerra, pero les dejamos sus estados y su título de reyes; y como entre ellos había algunos

